

Alain Badiou y el platonismo de lo múltiple, o ¿qué implica el gesto de reintricación entre las matemáticas y la filosofía?¹

Roque Farrán - Conicet-UNC

Este artículo intentará mostrar el complejo anudamiento existente entre los diferentes regímenes discursivos que nos propone la filosofía de Alain Badiou. Se procederá a desplegar los conceptos principales que formula este autor (i.e., acontecimiento, intervención, sujeto, verdad), y sus múltiples articulaciones, mediante comentarios y comparaciones con las lecturas que de ellos hacen otros autores muy próximos al pensamiento badiouiano: Žižek, Laclau, Scavino, Milner. Sobre todo se enfatizará la diferencia radical que marca el dispositivo matemático -según se lo tenga en cuenta o no y cómo- en las formulaciones conceptuales, en sus homologías, convergencias o divergencias. Es evidente que cierto malentendido, bastante difundido por cierto, con respecto al estatuto de las matemáticas en el dispositivo badiouiano no puede pasar, simplemente, por la dificultad de entender los términos técnicos matemáticos (ampliamente comentados y articulados conceptualmente por Badiou). La hipótesis que adelanto es que se trata, más específicamente, del modo en que se anudan los distintos dispositivos discursivos a los que recurre nuestro autor. La lógica nodal implícita es lo que hay que mostrar para intentar despejar estos malentendidos.

La ontología es la matemática

Badiou recurre a las matemáticas para plantear una ontología racional que permita pensar el ser-en-tanto-ser como pura multiplicidad, y de este modo evitar cualquier retorno a la metafísica y la subsiguiente identificación del ser con lo uno o la totalidad. Este recurso es preciso y restringido, se acota al sistema axiomático de la teoría de conjuntos formalizado por Zermelo y Fraenkel, la teoría de los números de Conway y, en sus últimas elaboraciones, la teoría de las categorías. Ahora bien, en lugar de apoyarse en estos desarrollos matemáticos para dar alguna apariencia de objetividad a su pensamiento, como podría suponerlo un enfoque ingenuo o malintencionado (estilo *affaire* Sokal), más bien intenta circunscribir los puntos problemáticos y los momentos de *impasse* presentes en la teoría matemática (i.e. la desmesura entre la cardinalidad de un conjunto y el conjunto de partes), junto a las posibles respuestas formuladas que no obturan, de ningún modo, el carácter esencialmente abierto de lo problemático. En este sentido, busca delimitar el estatuto de “decisión de pensamiento” que entraña la matemática inventiva, e intenta sacarla del lugar de simple técnica o instrumento al que se la suele reducir históricamente. Badiou muestra, a partir de problemas matemáticos muy simples (aunque puedan parecer complicados si se intenta seguir toda la extensa demostración calculista), cómo es posible romper con intuiciones muy fuertes y pregnantes -sobre todo aquéllas que predominan en el pensamiento filosófico y político-, lo que le permite subvertir y cuestionar radicalmente conceptos y categorías clásicas tales como ser, naturaleza, infinito, vacío, sujeto, verdad, etc. Para Badiou no se trata tanto de que la matemática nos brinde un lenguaje lógico para pensar (o modelizar) otras situaciones, sino de retomar la instancia misma de invención (ligada a la letra) separada del lenguaje predominante en cualquier situación.

Voy a desplegar aquí una breve digresión para intentar despejar este malentendido.

Las matemáticas como pensamiento

Hay un error común en el que suelen precipitarse quiénes intentan decir –y decidir- de qué se tratan las matemáticas, y es el de creer que éstas constituyen una suerte de “lenguaje universal”, un meta-lenguaje que definiría claramente sus propios términos de una vez y para siempre, pretendiendo, en el peor de los casos, una extensión ilimitada de su dominio hacia otros campos de saber. Es muy probable que este frecuente y terrible error, tan difundido, se deba a una enseñanza automática y automatizante de las matemáticas entendidas cómo mero cálculo y/o cuantificación, que conlleva el ideal de una objetividad absoluta. Así se pasa por alto lo que implica el ejercicio matemático como pensamiento crítico, que rompe continuamente con la intuición y las opiniones comunes predominantes. Se desconoce, de este modo, el proceso histórico de literalización de las matemáticas, que ha excedido cualquier reducción de sus operaciones a la simple medida o cuantificación, tanto como a las divinas proporciones o

armonías: las geometrías no-euclidianas, la topología algebraica, el estudio de los nudos, las teorías de categorías, etc., son algunos ejemplos de este proceso. Las matemáticas, al atenerse al uso estricto de la letra, nos permiten pensar más allá de las aporías que engendra el lenguaje en el juego sucesivo y alternante de significantes y significados, de interpretaciones sobre interpretaciones.

Parece que el giro lingüístico, si bien nos permitió romper con la metafísica al desustancializar la referencia, es decir, con la idea de que existiría un primer orden de realidad que el lenguaje vendría en segundo término a representar; no obstante, parece como si el pensamiento hubiera quedado reducido a ser sólo un mero juego de lenguaje, es decir, que ahora es el lenguaje mismo la instancia omnipresente que ordena los límites de lo pensable, “el lenguaje es co-extensivo al mundo” dirá Wittgenstein.

Uno de los principales conceptos atacados por los nuevos desarrollos matemáticos es el de totalidad, no existe lenguaje axiomático total que legitime sus propios términos. A partir de Gödel y sus famosos teoremas de incompletitud, o incluso de planteamientos mucho más simples como las paradojas de Russell (la contradicción de los conjuntos que se pertenecen a sí mismos), toda pretensión de totalidad auto-legitimada, de conformación del “conjunto de todos los conjuntos”, ha sido refutada como inconsistente.

Lo cual, por otra parte, no ha evitado un trabajo de mayor rigor en los planteamientos axiomáticos por parte del mismo Russell (mediante la teoría de tipos) y de Gödel (mediante los múltiples constructibles) para resolver las contradicciones generadas. Lo que se ha tornado cada vez más evidente es el estatuto de “decisión de pensamiento” que conllevan las invenciones matemáticas, al verse desprovistos –los matemáticos- de cualquier fundamentación apriorística absoluta o totalizante. El mayor ejemplo de este proceso de autocrítica quizás haya sido el que brindó Frege, quien después de varios años de trabajo, y a punto de publicar sus resultados en torno a la fundamentación de la aritmética a partir de la teoría de los conjuntos, decide no hacerlo tras encontrar una contradicción irresoluble planteada por Russell. Luego, esta contradicción fue resuelta a partir del sistema axiomático de Zermelo-Fraenkel, en el cual no se define *a priori* qué es o debe ser un conjunto, lo cual no impide operar sobre multiplicidades obteniendo resultados asombrosos como los de Cohen, con los cuales se pueden resolver problemas filosóficos antiguos como el de los indiscernibles. Sin embargo, de todo ello poco saben la mayoría de los matemáticos, dedicados a pensar sus problemas sin preocuparse por las consecuencias que se derivan de sus elaboraciones en otros campos de pensamiento. He aquí donde interviene el filósofo para recuperar del olvido y la indiferencia la dignidad de pensamiento de tales elaboraciones. ¿Y de qué podría servirle tal proceder, puesto que las dificultades técnicas y las incomprendimientos parecen superar cualquier pretensión de transferencia y comunicación, tanto de parte de filósofos como de los mismos matemáticos? Se va haciendo cada vez más necesario el enlace y la articulación entre disciplinas, no sólo por la evidencia de la complejidad que entraña toda problemática actual, sino porque la dispersión y super-especialización han llegado a un punto

límite en el cual lo real retorna produciendo síntomas por todas partes. Cualquier lista, cualquier enumeración, resultarían insuficientes; el malestar invade el pensamiento mismo, la dificultad se manifiesta en el momento de aprehender lo real. Ahora bien, la filosofía no es la matemática, como tampoco es la poesía o la política. Cada una de estas áreas de pensamiento guarda su propia especificidad y forma de proceder, y si la filosofía quiere ser activa y no mero recuerdo (y recuento) de su historia, deberá estar al tanto de lo que acontece en estos ámbitos, y deberá generar a la par un modo de pensamiento que articule las verdades que allí se inventan. Es esta función la que ha encontrado Alain Badiou para su filosofía, evidentemente no es la única posible, pero quizás sea la que resulte necesaria en esta época de fragmentación y monolingüismo capitalista.

Por último, valga una aclaración respecto de los axiomas.

Se suele creer que un sistema axiomático es algo así como una imposición autoritaria de verdades absolutas, cuando en realidad, si se sigue el proceso de formación del mismo, se ve claramente que ha resultado del encuentro contingente con ciertas contradicciones e inconsistencias, lo cual ha llevado a formular, justamente mediante axiomas, restricciones y prohibiciones con el fin de seguir operando y abriendo nuevos campos de investigación. Es decir que se asume plenamente que la prohibición sólo viene al lugar de lo imposible (de un impasse situado) a fin de pasar de la impotencia a la posibilidad de hacer algo luego de tal constatación. Es aquí donde encontramos el real lacaniano, entendido como lo imposible del impasse lógico que muestra la pura inconsistencia de los términos e induce a pensar e inventar otras soluciones; es decir que la prohibición simplemente marca hitos, señales, por donde no se debe seguir si se desea ganar consistencia por otro lado. Parece simple e incluso hasta pragmático, sino fuera por el rigor que exige tal proceder y la terrible resistencia que genera cada invención, no sólo en el campo de las matemáticas sino en cualquier otro en donde se cuestione un orden dado. Hay aquí, evidentemente, un juego de poder que devela el núcleo político de todo proceder humano.

Diferencias en torno al concepto de acontecimiento

Encontramos en este recorrido que diversos autores no toman al pie de la letra la tesis fundamental de Badiou sobre que «la ontología es la matemática», y al no hacerlo caen en imprecisiones al evaluar los conceptos centrales postulados por este autor.

Por ejemplo, Žižek en “El espinoso sujeto” afirma al respecto: “el ser es el orden ontológico positivo accesible al saber”², lo cual ya es inconsistente con la idea central de Badiou según la cual el ser es eminentemente sustractivo y, por tanto, es el discurso matemático quién lo enuncia de manera consistente al nombrarlo como conjunto vacío. Luego vemos como repercute este “desliz” en la explicación que ensaya Žižek de los conceptos de estructura y meta-estructura desarrollados por Badiou. Escribe Žižek: “aquí aparece la primera grieta en el edificio ontológico del ser: para que nosotros contemos [la situación] como una debe obrar la “reduplicación” propia

de la simbolización (la inscripción simbólica) de esa situación. Es decir que, para que una situación sea contada como una, su estructura debe ser desde siempre una meta-estructura que la designe como una (es decir que la estructura significada de la situación debe redoblar en la red simbólica de los significantes)³. Pero es un error decir que “para que una situación sea contada como una, su estructura debe ser...”, puesto que el término «situación» es ya una «estructura» (toda situación se haya estructurada dice Badiou) y por tanto cuenta-por-uno los múltiples que presenta. Esta equivalencia entre «situación», «estructura», «presentación» y «ley» cuya diferencia se establece en relación a «estado de la situación», «meta-estructura», «representación» y segunda «ley de cuenta de las partes» respectivamente, es remarcada enfáticamente por Badiou (como la diferenciación simbólico-imaginario en Lacan) para poder situar con rigurosidad el exceso generado por el vacío forcluido entre una y otra cuenta; vacío que abre el espacio de ocurrencia de un múltiple paradójico: el acontecimiento. De este modo, la primera serie de operadores inscribe el orden signifiante (simbólico) al convertir la pura multiplicidad en uno, y la segunda serie da cuenta del orden imaginario de las representaciones al reasegurar la primera cuenta; mientras que el acontecimiento será del orden de lo real.

Esta distinción es fundamental en Badiou puesto que la ontología es propiamente una situación más, con la particularidad de que presenta la presentación misma, por lo que prescinde de meta-estructura (es decir de lo imaginario) y son los mismos axiomas los que regulan las multiplicidades-sin-uno o múltiples puros.

De aquí que no haya ningún orden positivo del ser (que no sea imaginario) ni brecha ontológica, al encontrarse el ser suturado al conjunto vacío se trata, en el caso de la ontología matemática, de un discurso absolutamente consistente. Y por esta razón toda idea de «brecha» o «ruptura» *acontece* por fuera del orden ontológico propiamente dicho (las matemáticas prohíben los múltiples paradójicos), en situaciones cuyos nombres genéricos se vinculan al arte, la política, la ciencia y el amor. Esta especificidad y diferenciación de las situaciones y órdenes discursivos, que articula rigurosamente Badiou mediante el recurso lacaniano del *matema*, se pierde en la modulación conceptual esbozada por Žižek. Por ello hay que precisar con suma cautela cómo funciona el dispositivo matemático, y su comentario de estatuto meta-ontológico (filosófico), en el discurso de Badiou; de modo tal que los conceptos de sujeto, acontecimiento, intervención, verdad, etc. sean situados en su radical originalidad. Estos conceptos reciben una máxima constricción, con respecto a la posible deriva interpretativa (hermenéutica), al ser modulados en torno a los puntos de imposibilidad (o *impasses*) que delimita el discurso matemático, ya sea a partir de correlatos ontológicos (axioma de elección/intervención, axioma de fundación/sitio de acontecimiento) o más específicamente de su ser-en-tanto-ser (forzamiento/sujeto, múltiple genérico/verdad). Žižek, al no pensar los conceptos en conexión ontológica, los toma en bloque sin poder diferenciarlos adecuadamente, así es que denomina acontecimiento-verdad a dos instancias conceptuales separadas que, si bien se hallan en continuidad en el sistema badiouiano, una muestra la *indecidibilidad* de la pertenencia de un múltiple paradójico y la otra la

indiscernibilidad de un múltiple representado pero no presentado en la situación (desarrollaré más adelante estos conceptos). Pierde de vista, así, el proceso lógico y la temporalidad singular mediante los cuales se constituye un sujeto, y por eso asimila el concepto de acontecimiento al proceso de interpelación ideológica de Althusser. Escribe Žižek:

“¿no es posible que lo que Badiou llama acontecimiento-verdad sea, en su aspecto más radical, un acto puramente formal de decisión, no sólo no basado en una verdad real, sino en última instancia *indiferente* al *status* preciso (real o ficticio) del acontecimiento-verdad al que se refiere? ¿Y si estuviéramos ante un componente clave intrínseco del acontecimiento-verdad? ¿No será que la verdadera fidelidad al acontecimiento es dogmática, en el preciso sentido de fe incondicional, de actitud que no pide buenas razones y que, por esa misma razón, no puede ser refutada por ninguna “argumentación?” (Žižek, 2001: 155)

Es decir, para entender que la verdad es un proceso de indagaciones efectuadas en el acaecer de encuentros contingentes, en lugar de un acto de fe en el cual el sujeto ya tiene que estar convencido de la verdad para aceptar la totalidad del sistema (moral, teórico, etc.), es necesario entender el proceso matemático de *forzamiento* de enunciados para nombrar lo indiscernible, y el análisis que Badiou hace de los demás procedimientos genéricos: arte, ciencia, política y amor. Existen allí pluralidad de lógicas y diversidad de procedimientos, no se trata de cuestiones simplemente irracionales⁴. En ningún caso se trata de una aceptación previa de la verdad como si ésta estuviera ya dada, sino de un proceso iniciado por un acontecimiento contingente que se ha desvanecido, el cual *ha sido* nombrado por una intervención que lo fija parcialmente. No hay pasaje de una totalidad a otra mediante un salto de fe, puesto que la verdad agujerea o descompleta continuamente –mediante una temporalidad que le es propia- el saber.

Sucede que para situar la diferencia *real* entre interpelación y acontecimiento, es necesario efectuar una operación de basculación y contraste entre la ontología, la meta-ontología y los conceptos filosófico-políticos (o entre las verdades, los conceptos filosóficos y los axiomas matemáticos), a fin de hallar el punto de convergencia nodal en que se circunscribe lo propiamente *real* de las modulaciones conceptuales.

Esta suerte de basculación implica seguir complejos movimientos de estratificación y desestratificación discursiva –se comentará más adelante- como en un entramado nodal en el que los hilos se alternan (por arriba o por abajo) en su orden de cruce, y la clave está en dar con los *puntos de calce*, además de seguir el hilo.

Ernesto Laclau, por su parte, se detiene en una crítica a la diferenciación “formal” entre situación y acontecimiento –que él lee en Badiou- porque ésta no permitiría diferenciar nítidamente el simulacro de la verdad, llega a decir incluso que tal distinción es imposible dentro del marco teórico de la filosofía de Badiou. En su análisis evidencia la falta de una lectura más atenta de la obra de este autor, dado que lo primero que se encuentra al leer “El ser y el acontecimiento” es -si vamos más allá del título y su conjunción binaria- una multiplicidad de relaciones entre lo que corresponde al orden de los acontecimientos (sitio, intervención, fidelidad,

verdad) y lo que corresponde al saber sobre el ser (axiomas, números, naturaleza e infinito); relaciones de suplementación, de indecidibilidad, brechas y fallas, elecciones y nominaciones, es decir, toda una serie de temáticas y operaciones que complejizan y enriquecen los análisis conceptuales y, por tanto, de ninguna manera se trata de simples oposiciones duales formales.

Dice Laclau:

“Si tratamos de definir su relación con la situación, solo podemos decir que el acontecimiento es una sustracción con respecto a ella.”(p.2)

“¿Es suficiente un acontecimiento, que se define exclusivamente por su capacidad de sustraerse de una situación, para fundamentar una alternativa ética? ¿Es la distinción vacío/ pleno un criterio suficientemente sólido para discriminar acontecimiento y simulacro? ¿Es la oposición situación/acontecimiento suficientemente nítida como para atribuir al campo del acontecimiento todo lo necesario para formular un principio ético? Mi respuesta a estas tres preguntas es negativa.”(p.2)

Al realizar su análisis en términos lógicos duales-opositivos empobrece y reduce las relaciones conceptuales desplegadas por Badiou. En este otro caso entre “lo formal” y “lo concreto”:

“Sin embargo, en tal caso, el único contenido posible del acontecimiento como pura sustracción es la presentación o la declaración de lo irrepresentable. En otras palabras, también el acontecimiento sólo puede tener un contenido puramente formal. De allí que la fidelidad al acontecimiento (el contenido exclusivo del acto ético) también tenga que ser una injunción ética completamente formal. En tal caso, ¿cómo diferenciar la ética del simulacro? Como el propio Badiou deja claro, el simulacro -como una de las figuras del Mal- solo puede surgir en el terreno de la verdad. Así, si Badiou va a ser fiel a sus premisas teóricas, la distinción entre acontecimiento y simulacro debe ser una distinción formal -por ejemplo, tiene que surgir de la forma del acontecimiento como tal, independientemente de su contenido concreto”.

¿Qué es lo concreto? Parece increíble que después de su lúcida crítica a la entificación de las formaciones discursivas marxistas recaiga en la ilusión de “concretitud” de las cosas. ¿Habría conceptos más concretos que otros? ¿Dependerá ésto, acaso, de la formación del pensador, o de su gusto: « yo prefiero los tropos », « yo en cambio los matemas »?

La distinción simple entre formal/concreto desconoce la tipología triple del ser de lo múltiple que presenta Badiou: lo normal (máxima coincidencia entre presentación y representación de las multiplicidades), lo singular (multiplicidades presentadas pero no representadas) y lo excrecente (multiplicidades representadas pero no presentadas); mediante la cual se muestra que la dislocación entre lo que se presenta y lo que se representa en un orden discursivo dado presenta diversos y complejos matices. Es decir que las situaciones ónticas “concretas” pueden ser de distinto tipo, pero sólo en las singulares o históricas es posible que se produzca un acontecimiento, en tanto conforman propiamente su sitio; sin embargo, el acontecimiento en sí, que no tiene ninguna forma ni sigue ninguna norma, es un suplemento o exceso aleatorio de la situación.

Luego agrega Laclau:

“la distinción verdad/simulacro no puede formularse porque no encuentra ningún lugar de enunciación viable dentro del edificio teórico de Badiou (al menos, en esta etapa de su elaboración. En el sistema de Badiou, sólo hay dos lugares de enunciación: la situación y el acontecimiento”.

El término que olvida Laclau es la “intervención interpretante”, que liga el acontecimiento –en tanto indecible- a la situación mediante un forzamiento; éste sería propiamente el lugar de la enunciación que, supuestamente, faltaría en Badiou. La verdad, en tanto procedimiento genérico, permanece indiscernible en la situación, pero es posible circunscribir sus condiciones; se produce así una pulsación temporal entre el cierre local de las conexiones (indagaciones) y la apertura hacia la infinitud del proceso (fidelidad); ésta es la diferencia fundamental con las posiciones totalitarias que aseguran una verdad absoluta, cerrada y en una situación completa, clausurando toda temporalidad singular o rigidizándola en un cronograma normativo.

En la lectura dualista que hace Laclau del pensamiento de Badiou pasa por alto justamente toda la serie de nominaciones inéditas que constituyen un procedimiento fiel genérico post-acontecimiento. Esto es lo único original de la teorización badiouiana: el pensar las consecuencias filosóficas que se desprenden de las elaboraciones matemáticas de Paul Cohen desarrolladas en el ámbito de la teoría de los conjuntos. La idea de ruptura o discontinuidad o sustracción del acontecimiento con respecto a la situación se puede encontrar en muchos otros autores, pero las operaciones de nominación de lo indiscernible, y los modos de articulación de lo múltiple, por fuera de lo que autoriza el lenguaje de la situación configura el aporte singular de Badiou. Los últimos capítulos de *El ser y el acontecimiento* (meditaciones 31-36) donde desarrolla estos temas suelen ser ignorados por la mayoría de los comentaristas, y son los que retroactivamente le dan su peso a los conceptos anteriores. Así, la reformulación de los nombres propios mediante la operación de forzamiento es la característica principal de un procedimiento genérico de verdad y de las indagaciones que lo constituyen. En este sentido, puede decirse que hay una mutua contaminación entre situación y acontecimiento, al contrario de lo que afirma Laclau, quien supone una suerte de exterioridad trascendental del acontecimiento:

“ ‘Acontecimientos’ en el sentido de Badiou son momentos en los que el estado de la situación se pone radicalmente en cuestión, pero es erróneo pensar que existen periodos puramente situacionales interrumpidos por intervenciones puramente eventuales: la contaminación entre lo eventual y lo situacional es el tejido de la vida social.”

Y continúa:

“El sujeto es solo parcialmente el sujeto inspirado por el acontecimiento; el acto de nombrar lo irrepresentable que constituye el acontecimiento involucra una referencia a lo irrepresentado dentro de una situación y solo puede ocurrir a través del desplazamiento de elementos que ya estaban presentes en ella. Esto es lo que hemos llamado la mutua contaminación entre situación y acontecimiento. Sin ella, sería

imposible cualquier incorporación de elementos de la situación al acontecimiento, excepto a través de un acto de conversión totalmente irracional”.

Por supuesto que la nominación de lo indiscernible requiere movilizar los términos de la situación: múltiples y nombres, pero éstos son reorganizados y reformulados de una manera tal que evitan los determinantes enciclopédicos del saber; es la originalidad de un proceso genérico de verdad. Escribe Badiou: “una verdad es el total infinito positivo – la recolección de los $x (+)$ – de un procedimiento de fidelidad que, para todo determinante de la enciclopedia, contiene al menos una indagación que lo evita.” (Badiou, 1999: 375)

De todos modos, la afinidad entre el pensamiento de Laclau y Badiou es mucho más estructural de lo que el primero admite en el artículo comentado. La pregunta que habría que plantear es si los conceptos que despliega Laclau para dar cuenta de los procesos sociales -recurriendo en gran medida a la lógica (real) del discurso analítico- pueden ser articulados de una forma más compleja y más vasta en el dispositivo teórico de Badiou. Desde mi punto de vista no tiene importancia discutir a priori que ontología conviene más, si una lingüística o una matemática, sino más bien qué disposición conceptual puede dar cuenta de manera rigurosa y a la vez flexible de la complejidad inherente a nuestra época.

Es cierto que pensar la constitución de los objetos en términos lingüísticos nos permite dar cuenta de toda una serie de nominaciones retóricas (sinécdoques, metáforas, metonimias) que desplazan el uso común/naturalizado del lenguaje, pero el problema con este abordaje es que encuentra lo real siempre dentro del ámbito de lo simbólico, con lo cual tiende a asimilarlo fácilmente en los bien denominados « juegos de lenguaje ». En cambio el nudo que nos propone Badiou se acerca más a la idea de Lacan acerca de que la matemática es « ciencia de lo real », por lo que encontramos mayor variedad de modalidades para dar cuenta del impasse.

Por otro lado, tampoco se trata de reducir la filosofía a demostraciones matemáticas como parece sugerir Scavino:

“Al identificar las matemáticas con la ontología, Badiou propone una salida al callejón heideggeriano: los números son el lenguaje del ser [Aquí Scavino se refiere al impasse heideggeriano de no poder decir el ser en términos del objeto] Ahora bien, el ser es un no-objeto, una nada. Las matemáticas en consecuencia, hablan acerca del ser. Esta dialéctica puede parecer abusiva, es cierto, pero sus argumentos se verán siempre reforzados por una demostración matemática rigurosa.”⁵

Pero sería una terrible equivocación plantear en estos términos el papel de las matemáticas en la filosofía, puesto que en ese caso deberíamos acoger el mandato de ese gran matemático francés que menciona Badiou: Jean Diudonné, para quién los filósofos están terriblemente atrasados en el orden del pensamiento, y por tanto deberíamos convertirnos directamente en matemáticos. Y no obstante, el problema filosófico, como nos señala Badiou es otro; no reside tanto en pensar el ser-en-tanto-ser sino lo que pertenece al orden de lo que no es el ser-en-tanto-

ser, es decir, el acontecimiento y los procesos de fidelidad que le siguen. Aquello que las matemáticas se prohíben pensar para garantizar su consistencia discursiva. Es por eso que la consistencia del discurso filosófico es de otro orden. Se trata aquí de sostener el pensamiento mediante el recurso literal del *matema*.

Por esta razón, afirmar que la matemática es la ontología, allí donde Wittgenstein escoge callar y Heidegger invoca el decir poético, requiere apaciguar la oscura violencia del *matema* -en tanto rompe con la opinión- mediante el comentario meta-ontológico del filósofo, lo cual exige como dirá Badiou «una reintrincación entre matemáticas y filosofía»⁶.

Escribe Badiou:

“La matemática es aquí citada para que se ponga de manifiesto su esencia ontológica. Así como las ontologías de la Presencia citan y comentan los grandes poemas de Hölderlin, de Trakl o de Celan, y nadie encuentra censurable que el texto poético resulte así a la vez expuesto e incidido, de igual modo es necesario concederme, sin volcar la empresa del lado de la epistemología (como tampoco la de Heidegger del lado de la simple estética), el derecho a citar e incidir el texto matemático. Ya que lo esperable de esta operación es menos un saber matemático que la determinación del punto en el que el decir del ser adviene, en exceso temporal respecto de sí mismo, como una verdad, siempre artística, científica, política o amorosa.”⁷

De este modo, Badiou deja en claro que convoca el texto matemático para pensar el ser del sujeto y la verdad, categorías propiamente filosóficas, para elaborar una ontología sustractiva en oposición a una ontología de la Presencia, y no para reducir la discusión a una zona regional de la filosofía: “Se comprenderá entonces que mi propósito no es nunca epistemológico o de filosofía *de las matemáticas*. Si este fuera el caso, habría discutido las grandes tendencias modernas de esa epistemología (formalismo, intuicionismo, finitismo, etc.)”⁸

Sin embargo, no se trata simplemente de “pitagorizar”, es decir, no se trata de identificar el ser al número, puesto que la tesis que plantea a la matemática como ontología no es una tesis sobre el mundo sino sobre el discurso, nos advertirá Badiou. Lo cual quiere decir que el discurso más consistente hasta el momento, para enunciar el ser-en-tanto-ser, es el que presenta la teoría matemática, porque acepta intrínsecamente su propia incompletitud; y no porque le falte algún axioma, sino porque le falta lo “esencial”: la definición y demostración de lo que es en sí un múltiple.

Lo que le interesa a Badiou de las matemáticas es, antes que cualquier pretensión de exactitud u objetividad (tributarias, más bien, del neopositivismo), el rigor de pensamiento que muestran los matemáticos al confrontarse ante lo real del *impasse*, de lo indecible, de lo indemostrable, y de cómo estos momentos se resuelven mediante una «decisión de pensamiento», es decir, un axioma (o un sistema axiomático). Al contrario de lo que se suele creer, esto no remite a ninguna absolutización de la verdad, sino a mostrar cómo el pensamiento confrontado ante lo *real* debe decidir sin garantías de nada en cuanto a las consecuencias de tal decisión. El pensamiento, así, se desmarca de cualquier saber (o conocimiento) presupuesto. Por eso, en lugar de someter las

matemáticas a un escrutinio filosófico o a una interpretación epistemológica de su objeto, es, a la inversa, la filosofía quien debe someterse a la condición que impone la existencia de la matemática (como así también la existencia del arte, la política y el amor), para pensar lo que ésta se prohíbe: el exceso, la desmesura, y los modos de nominación suplementarios que se encuentran en otros discursos.

Sin embargo, está claro también que esta radical «decisión de pensamiento» asumida por Badiou no deja de ser un fuerte posicionamiento filosófico con respecto al estatuto de las matemáticas que, separándose del ámbito exclusivamente epistemológico, ingresa en el ámbito no menos arduo de la discusión filosófico-política y ontológica propiamente dicha. Lo cual conlleva, por otra parte, una cierta subversión del ámbito epistemológico.

La posición de la filosofía

A raíz de lo desarrollado, se puede decir que existe en Badiou un movimiento complejo de estratificaciones y desestratificaciones discursivas. Se puede apreciar este movimiento en las diferentes posiciones que ocupan los heterogéneos discursos en su sistema teórico; es decir, entre el dispositivo matemático ontológico que nos brinda las Ideas (axiomas), por un lado, el dispositivo conceptual filosófico que constantemente se mide y diferencia de aquél, por otro, las modulaciones conceptuales históricas en las que Badiou permanentemente discute con los grandes filósofos, y, por último, los procesos genéricos: arte, ciencia, política, amor. No hay orden jerárquico ni fijo. No hay *determinantes en última instancia*, puesto que la tesis sobre el estatuto ontológico de las matemáticas es filosófica o meta-ontológica, sin que por ello esta disciplina regule nada en el campo de las matemáticas puras. Por otro lado, si bien la filosofía piensa el acontecimiento y la verdad no los produce, dado que ocurren en otros ámbitos discursivos. Tampoco las matemáticas dicen nada sobre el acontecimiento y la verdad puesto que pertenecen al orden de lo que no es el ser en tanto que ser, aunque si nos brinden los recursos para pensar los correlatos ontológicos de la intervención: el *forzamiento* (sujeto) o el ser genérico de la verdad. Así vemos que el circular filosofante no es una operación rígida o estereotipada (ni normativa) sin ser por ello absolutamente caótica ni desordenada. Y sobre todo se asegura la diferencia y especificidad de los campos discursivos, lo que torna posible el intercambio y transferencia de conceptos y modos de intervención. Quedan separadas así las Ideas (matemáticas) de los conceptos (filosóficos) y, éstos como aquéllas, de las intervenciones o nominaciones singulares (ciencia, arte, política y amor).

Esta radical operación de pensamiento le permite a Badiou desplazar e invertir el orden habitual de prioridades que suelen apuntalar los esquemas conceptuales filosóficos. Dado que la mayoría de los pensadores comienzan por tematizar y analizar la estructura de la situación y dejan el acontecimiento, tanto como la necesidad de intervención, a los avatares del devenir empírico, cuando no normativo. Badiou afirma, por el contrario, que la estructura o cuenta-por-uno de

cualquier situación opera siempre sin sujeto (y sin embargo no es ahistórica o trascendental⁹) y que lo interesante a pensar es como éste se constituye en la dislocación del ámbito estructural.

Los significados, es decir, los modos de representación pueden variar, se pueden modular infinitamente, poco importa. Lo que vale la pena pensar es aquello que adviene como algo *suplementario* a la situación o cuenta-por-uno, por ello *supernumerario*, de más, y que al ser nombrado produce un quiebre local de la consistencia estructural. Esto es el acontecimiento y, fundamentalmente, la nominación sin significación que marca su huella tras el desvanecimiento de aquél, en un acto de intervención.

El sujeto

Finalmente, si “un espectro acecha la academia” como dice Žižek, es porque lo que se ha tornado ineludible pensar en esta época es el sujeto, más allá de todos los *impasses* que nos ha legado la modernidad.

Con Badiou diremos que el sujeto es axiomático, y se constituye por una intervención al decidir lo indecible sobre la existencia de un indiscernible de la situación. Los dos términos negativos son definidos rigurosamente por Badiou en *Condiciones*¹⁰. Mientras lo indecible se refiere a una proposición que se sustrae a una norma del lenguaje, lo indiscernible se sustrae a la demarcación posicional (significante) de los términos.

Badiou intenta formular una articulación post-cartesiana del sujeto más acá de las oposiciones entre fenomenología y estructuralismo. No se trataría de un dato previo ni de una esfera trascendental pero tampoco de un efecto de estructura a posteriori modulado por instancias que lo determinarían necesariamente. El sujeto resulta de circunscribir el punto límite del efecto de estructura, al efectuarse (en) una nominación supernumeraria (es decir, que no corresponde con las relaciones significantes estabilizadas). Lo novedoso en este planteo es la afirmación de que sólo existe «sujeto calificado», es decir, constituido en diversos procedimientos genéricos: arte, ciencia, política y amor, por lo que no existe un sujeto universal válido para todos los casos tal como ha intentado fundarlo desde siempre la filosofía. Las categorías filosóficas sólo sirven para pensar *conjuntamente* los modos singulares de constitución subjetiva que se efectúan en los diferentes procedimientos genéricos. Hay que prestar atención al hecho de que sólo sean cuatro. Aquí la influencia del pensamiento de Lacan es clara.

Distinto es el recorrido que construye Milner¹¹ con respecto a la obra de Lacan, al postular la existencia de un axioma: el “axioma del sujeto”. Milner conecta por medio de este axioma a Descartes y Freud pasando por Saussure, tornando explícita una ecuación que operaría en Lacan con respecto a su “Doctrina de ciencias” (conjunto de proposiciones relativas al sujeto y a la ciencia). Esta ecuación afirma la equivalencia entre el sujeto del *cogito*, el sujeto de la ciencia, el sujeto del inconsciente y el sujeto del significante. Se trata, nos dirá Milner, de postular un pensamiento descualificado, disyunto de todas las propiedades que se deducen de los principios

lógicos clásicos: identidad, no-contradicción, tercero excluido, etc. Es decir, un pensamiento afirmado en la sola existencia del significante, separado de todo saber previo, de toda representación. Ahora bien, el problema que genera esta forma de postulación: «el axioma del sujeto» es que supone un sujeto trascendental vacío que habrá de ser deducido en cada caso particular, lo cual no permite situar lo *real* del sujeto, el *impasse* singular, la imposibilidad de deducción y en consecuencia la necesidad de invención subsiguiente; esto es, la necesidad de tomar una “decisión de pensamiento” (como en la inversión efectuada por Zermelo con respecto a la existencia mediante el axioma de separación¹²). En fin, «el sujeto axiomático».

Con respecto al recurso diferencial a las matemáticas en Lacan y en Badiou, Milner afirma que la diferencia pasa por el uso o no del procedimiento deductivo y lo apagógico. Sin embargo, Badiou señala enfáticamente que la «invención deductiva», y no el simple encadenamiento de razones propio de la lógica clásica (los silogismos), es el operador de fidelidad de las matemáticas, no de todos los procedimientos genéricos ni de la propia filosofía que combina tanto los recursos del poema como del *matema*. En este sentido, el planteo de Badiou se encuentra más cerca de la función de la *letra* que analiza Milner en la obra de Lacan, donde lo que prima es la instancia de decisión de pensamiento (*Un coup de dés*) más que la deducción de principios auto-evidentes, que sólo son tales desde el punto de vista del lenguaje de situación y no desde un procedimiento genérico de verdad que es intrínsecamente indiscernible para el lenguaje.

Aquí habría que despejar claramente la diferencia entre un sistema axiomático como el de la teoría de los conjuntos, donde los axiomas se postulan ante la necesidad de decidir sobre *impases* presentados por lenguajes formalizados (el proyecto de Hilbert), con respecto a un sistema que parte de suponer principios auto-evidentes, válidos para todos y para siempre. Lo que se juega en esta distinción es la posibilidad de separar un tipo de procedimiento autoritario y hasta caprichoso que designa principios porque sí, lo que trasladado al terreno político conduce al desastre, de un procedimiento inventivo que toma decisiones sobre puntos indecibles a nivel estructural, lo que requiere sobre todo de cierta “consecuencia” con la decisión tomada, y de mostrar que las reglas del juego no se cambian por capricho o interés sino por una necesidad estructural al momento de enfrentarse con lo *real* del *impasse*. Lo cual, como dice Lacan con respecto al acto, divide al sujeto, es decir, no le confiere ninguna identidad plena o auto-centrada. En definitiva, las matemáticas permiten una reducción de sentido que Badiou incorpora para pensar categorías y conceptos filosóficos.

Dice Badiou que la filosofía comienza «Cuando no se trata ya de interpretar los procedimientos reales donde yace la verdad, sino de fundar un lugar propio en el que, bajo las condiciones contemporáneas de tales procedimientos, se enuncie cómo y por qué una verdad no es un sentido, siendo más bien un agujero en el sentido».¹³ Para ello deberá «deponer, con el sentido, lo que en él se determina de goce.»¹⁴ Estas afirmaciones implican que puede haber lazo por fuera del sentido, si se sostiene la especificidad y diferenciación de los regímenes discursivos donde se producen verdades; aquí la función de la filosofía es fundamental: «La filosofía no es nunca una

interpretación de la experiencia. Es el acto de la Verdad respecto de las verdades. Y tal acto, que según la ley del mundo es improductivo (no produce siquiera una verdad) dispone un sujeto sin objeto sólo abierto a las verdades que transitan en su captación»¹⁵

Para concluir, y dejando la cuestión abierta a futuras elaboraciones, comentaré las cuatro operaciones sustractivas que permiten captar las verdades por fuera del sentido. Requieren identificar lo indecible, lo indiscernible, lo genérico y lo innombrable en una situación dada. Lo indecible refiere al primer momento lógico de la verdad, cuando un múltiple x no puede ser evaluado como verídico o erróneo según una norma de discernimiento y clasificación de la lengua de la situación «El teorema de Gödel establece que en la situación de lengua denominada aritmética formalizada del primer orden, donde la norma de evaluación es demostrable, existe al menos un enunciado indecible en un sentido preciso: ni él ni su negación son demostrables»¹⁶

Lo indiscernible, en cambio, refiere a la imposibilidad ante la que se encuentra una norma de evaluación para discriminar la permutación de dos términos que se sustraen a la marca diferencial. Lo genérico refiere a esa parte que no es una parte, es decir, incluida en la situación pero que se sustrae a toda predicación por vía del exceso al reunir lo absolutamente cualquiera. Lo más interesante y novedoso aquí es la presentación de lo innombrable, figura última de la sustracción que torna posible toda la serie de nominaciones verídicas, pero cuyo forzamiento no puede ser forzado sin caer en el *desastre*. Badiou dice que lo que él llama, paradójicamente, innombrable es lo que en el psicoanálisis se denomina goce, y es lo que en última instancia hace de límite intrínseco en cada economía discursiva y orienta las nominaciones. Es por eso que el acontecimiento, en última instancia, no puede ser prescripto para toda situación. Es en la singularidad de cada una que se desplegará en una serie de nominaciones inéditas. Ni acto de fe ni decisión racional, cada acto de invención configura su propia lógica, lo cual no lo exime de presentar una consistencia interna.

Bibliografía

Badiou, A. Condiciones. Siglo xxi, Buenos Aires, 2002.

Badiou, A. El ser y el acontecimiento. Manantial, Bs. As., 1999.

Laclau, E., An ethics of militant engagement, en *Think Again. Alain Badiou and the Future of Philosophy*, Peter Hallward (comp.), Continuum, Londres-Nueva York, 2004,

Milner, J.C. La obra clara. Lacan, la ciencia, la filosofía. Manantial, Bs. As., 1996.

Scavino, D. Filosofía actual. Pensar sin certezas.

Žižek, S. El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política. Paidós, Buenos Aires, 2001,

- ¹ Existe una versión más amplia y bastante modificada de este artículo en : <http://Žižekstudies.org>
- ² Žižek, S. El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política. Paidós, Buenos Aires, 2001, p.139.
- ³ Ibid.
- ⁴ La temporalidad lógica que puede precipitar en la formación de conceptos fue esbozada en otro artículo: Farrán, Roque. Consistencia lógica y formación de conceptos en la filosofía post-estructuralista; la lógica del acontecimiento de Alain Badiou y el tiempo lógico de Jacques Lacan, en Psikeba. Revista de psicoanálisis y estudios culturales, nº6.
http://www.psykeba.com.ar/articulos/RF_Logica_Acontecimiento_Badiou_y_Tiempo_Logico_en_Lacan.htm
- ⁵ Scavino, D. Filosofía actual. Pensar sin certezas. Buenos Aires: paidós, p.83
- ⁶ Badiou, A. Condiciones. Siglo xxi, Buenos Aires, 2001.
- ⁷ Badiou, A. El ser y el acontecimiento. Manantial, Bs. As., 1999, p.27.
- ⁸ Ibid.
- ⁹ De hecho Badiou reformula la idea de lo trascendental para ajustarlo a cada situación local, siempre diferente.
- ¹⁰ Badiou, A., *Condiciones*, siglo xxi, Buenos Aires, 2002.
- ¹¹ Milner, J.C. La obra clara. Lacan, la ciencia, la filosofía. Manantial, Bs. As., 1996.
- ¹² Véase la meditación 3 de El ser y el acontecimiento, op.cit.
- ¹³ Alain Badiou, *Condiciones*, siglo xxi, Buenos Aires, 2002, p.91.
- ¹⁴ Ibid., p.92
- ¹⁵ Ibid., p.72
- ¹⁶ Alain Badiou, *Condiciones*, siglo xxi, Buenos Aires, 2002, p.172.